

PEDRO Y PABLO.

Dos publicaciones recientes

Comentario bibliográfico*

INTRODUCCION

Los cristianos que visitan Roma, con espíritu de peregrinación, y así, con el propósito de reencontrarse con el testimonio y los testigos de la propia fe, siempre presentes y vivientes en la Ciudad eterna (a pesar de la creciente secularización y desfiguramiento de la misma), respetan ciertas etapas o momentos de su visita.

El primero y dominante, para los cristianos católicos, en primer término, pero también cada vez más para los otros, es el encuentro con el Santo Padre, testigo y testimonio él mismo, en su realidad personal y en su palabra, de la fe que profesamos. Pero el Santo Padre remite, con sus palabras y sus gestos, a Pedro, a quien sucede, y a Pablo, siempre asociado al primer apóstol.

El hecho solo de que las audiencias' (salvo durante el período veraniego o a causa de circunstancias de fuerza mayor) se realicen en la Basílica Vaticana, o en su inmediata vecindad, subraya y acentúa esta referencia, la cual resulta todavía más evidente cuando el Papa celebra la Eucaristía sobre la tumba misma del Apóstol.

Todo esto remite a los "visitantes-peregrinos" a la visita, recorrido y veneración de estos lugares santos. Ahora bien, cuando esta visita y recorrido

se propone ir más allá de la mera consideración superficial (y de la contemplación artística, por cuanto respetable y deseable) para adentrarse en la comprensión racional y la formulación de las preguntas legítimas, en el plano histórico, documental, y desde luego litúrgico, no siempre encuentra los medios necesarios para llegar a lo uno y lo otro.

Excepciones aparte, el cristiano común se ve desprovisto a menudo de las informaciones y explicaciones adecuadas que le permiten hacer el tránsito de las afirmaciones tradicionales ("éste es el lugar de la tumba de San Pedro" o de "San Pablo") a la realidad histórica del primer siglo o, al menos, de los primeros siglos cristianos.

La dificultad se agudiza cuando se percibe que las dos basílicas actuales son construcciones relativamente modernas ("renacentista-barroca" la primera, "neo-clásica" la segunda), distantes por consiguiente un considerable número de siglos de los hechos originales que intentan conmemorar. Si además, el fiel en cuestión visita las catacumbas y otras basílicas (especialmente San Sebastián) no es difícil que su confusión y desconcierto aumenten todavía más, en la medida, desde luego, que sea o se vuelva cons-

* Umberto M. Fasola: *Pietro e Paolo a Roma. Orme sulla Rocca*. Vision Editrice. Roma 1980 (175 págs.).

Fabrizio Mancinelli: *Catacombe e Basiliche. I primi cristiani a Roma*. Scala. Florencia 1981 (64 págs.).

ciente de las preguntas arriba enunciadas¹.

La experiencia de varios años de vida en Roma y de repetidos intentos de presentar y explicar la Basílica de San Pedro, y otros lugares santos de la Ciudad eterna, me han hecho tocar, por así decir, con los dedos, la dificultad expuesta.

Es verdad, esto no obstante, que desde hace unos años varios organismos responsables de la Santa Sede se preocupan de diversos modos por colmar la laguna descripta. Así, la *Pontificia Comisión para las Migraciones y el Turismo* ha organizado un sistema de visitas guiadas en la Basílica Vatínaca, y esto en diversas lenguas.

Para los visitantes (no necesariamente peregrinos, como se verá en seguida) más apurados, la misma *Comisión* ofrece, en el atrio de la misma Basílica, una hoja doble mimeografiada, con una explicación descriptiva del templo, con un croquis esquemático y números de referencia. La hoja existe, no sólo en las principales lenguas occidentales, sino también en polaco, ruso, japonés, y existirá dentro de poco en hebreo moderno y árabe, se entiende, con las oportunas modificaciones.

Esto a su vez demuestra la extraordinaria amplitud y diversidad del público que frecuenta la Basílica, como otros lugares santos de Roma².

Otra valiosa iniciativa, por desgracia menos conocida (o, lo que es lo mismo, mal conocida), obra en este caso del organismo intitulado la *Reverenda Fábrica de San Pedro*³, responsable de la manutención y administración de la Basílica Petriana, es la visita guiada, también en varias lenguas y (dada la exigüidad del lugar) en pequeños grupos de diez-quinze personas, de las famosas excavaciones realizadas, desde el pontificado de Pío XII, debajo de los restos de la primera basílica. Esta visita, acompañada por excelentes explicaciones técnicas, ayuda muchísimo a la comprensión inteligente de la realidad original del lugar, de su relación con la sepultura del Apóstol y la continuidad con los edificios actuales. Así se pueden ya obtener los elementos principales para la respuesta a los interrogantes referidos al principio de esta nota.

Existen, sin embargo, dos limitaciones. La primera es que, hasta el presente, no se ha compuesto una guía o folleto explicativo de lo que el visitante oye decir. La segunda es que

1 A esto se añade, de manera es verdad circunstancial aunque no carente de significado, el uso del nicho superior actual de la tumba de Pedro. Este, revestido del mosaico medieval del Pantocrátor, ha sido destinado, desde un momento difícil de precisar, a servir de depósito al cofre que contiene los palios (la banda de lana blanca con cruces negras que usan sobre los ornamentos sagrados el Papa, los arzobispos y obispos a quien él lo concede, en signo de comunión con la Sede apostólica). La gente cree (diría, casi inevitablemente) que el cofre en cuestión contiene los huesos del apóstol. Y más de un guía improvisado lo afirma sin vacilar, de lo cual he sido yo mismo testigo. Acerca de la complicada cuestión de los restos mortales de Pedro, a pesar de las afirmaciones de M. Guarducci (*Le reliquie di Pietro sotto la Confessione della Basilica Vaticana*. Città del Vaticano, 1965; y *Le reliquie... Una messa a punto*. Roma, 1967), Fasola no se pronuncia (cf. p. 132), y, con los datos de los cuales ahora se dispone, parece difícil poder ir más allá.

2 Esto a su vez plantea serios problemas de índole pastoral, que no es, obviamente, intención nuestra examinar aquí.

3 Nombre tan tradicional como equívoco. La palabra "*fábrica*" hoy significa (como es sabido) una usina (en varias lenguas), pero en latín podía también significar el organismo responsable de un edificio (o "*fábrica*"). Este es el sentido que la palabra tiene en el uso citado.

quien llega a Roma sin previa información no sabe generalmente cómo se hace para acceder a esta visita específica, y/o se hace de ella una idea completamente errada, como si hiciera falta alguna intervención o influencia extraordinaria para ser admitido a hacerla. Basta, en cambio, anunciarse con alguna anticipación, dada la cantidad de candidatos y la limitada composición de los grupos, a la oficina correspondiente ("*Ufficio Scavi*" de la Revda. Fábrica), indicando la lengua preferida y esperar que se le asigne una fecha.

Es por otra parte, a la solución de la primera limitación o dificultad que miran los dos libros que son el tema principal de esta nota. Si, en efecto, el turista o peregrino no dispone de una guía dedicada a las excavaciones mencionadas, tiene ahora estos dos libros que le brindan, sobre todo el primero, la información deseable, con sólido fundamento científico, y de ese modo, los medios requeridos para no sólo recordar o retener lo visto, sino además estudiar a fondo la cuestión, y entonces llegar a formarse una idea de la relación entre la Roma actual, sus iglesias, santuarios y restos arqueológicos y la comunidad cristiana primitiva con sus mártires, sus santos y los dos apóstoles que la definen y caracterizan.

I. "PIETRO E PAOLO A ROMA. ORME SULLA ROCCIA"

El autor del primer libro P. Umber to M. Fasola, es el actual secretario de la *Pontificia Comisión de Arqueología Sagrada* y responsable del *Ins-*

tituto con la misma competencia, lo cual no está dicho en la presentación del libro en cuestión. Tiene, por consiguiente, los mejores títulos para predisponer a priori al lector. Y un examen de la obra confirma ampliamente esta primera presunción. En pocas páginas, y en cuatro capítulos que abarcan los diferentes aspectos del tema, se nos brindan los datos básicos de la problemática acerca de la presencia, el martirio y el culto de los dos apóstoles en Roma. Y esto, a partir de una rica documentación literaria (que incluye también, críticamente analizado, lo apócrifo y lo legendario), pero sobre todo de la documentación arqueológica menos y más reciente.

El fondo de la pintura así esbozada lo constituye un capítulo introductorio sobre "*Roma en el tiempo de los Apóstoles Pedro y Pablo*", donde ocupa un lugar importante el estudio de la comunidad judía romana en la misma época. De esta manera, el autor elige ya una cierta metodología, que se puede tener por acertada: la memoria de los apóstoles es vista y estudiada contra la realidad cultural contemporánea (pagana y judía, por cuanto desigualmente dosadas).

A esto se añade una gran abundancia de material ilustrativo (mapas, dibujos, planos, fotos y transparencias sobrepuestas), indispensable en una obra de este tipo⁴. La espléndida presentación tipográfica del libro y la calidad de las ilustraciones contribuye a facilitar su uso haciéndolo, además de provechoso, placentero. Y con buen sentido de la universalidad del interés que Roma despierta, se lo ha editado de entrada en las otras lenguas más habladas de Occidente, ade-

4 Lo cual permite apreciar el estado original y actual de los edificios y lugares, según las reconstrucciones mejor fundadas. El gráfico de las pp. 104-5 ayuda particularmente a entender las diversas etapas de la zona en la cual se eleva ahora la basílica "renacentista" y se elevaba antes la "constantiniana". Una buena presentación de la historia de las dos basílicas, espléndidamente ilustrada, es el libro de E.M. Jung-Inglessis. *San Pietro Scala*. Florencia 1980; 63 págs. (editado en 4 lenguas).

más del italiano original.

Con todo esto, no se trata de un escrito apologético. Prácticamente todo el mundo acepta hoy que los dos apóstoles estuvieron en Roma y padecieron allí el martirio⁵, sea en la misma persecución de Nerón, sea en relación con ella. En cuanto a la ubicación de la tumba de Pedro in *Vaticano*, las excavaciones llevadas a cabo desde 1939, debajo del pavimento de las así llamadas *Grotte Vecchie* (del altar mayor de la actual basílica hacia el Este) y *Grotte Nuove* (en la dirección opuesta), no dejan lugar a duda seria acerca, no sólo de la presencia de la tumba, sino de su precisa relación con el eje del altar papal de la basílica y (casi exactamente) de la cúpula de Miguel Ángel.

No es el caso de repetir aquí la argumentación de los arqueólogos (el P. Kirschbaum S.J. y el Prof. Enrico Josi)⁶, adecuadamente resumida por el P. Fasola (pp. 118-144). Baste recordar aquí que ya la localización de la vieja basílica constantiniana a lo largo de la pendiente de la colina vaticana (es decir, en la posición arquitectónicamente más inadecuada) demuestra que el lugar no es elegido sino impuesto por la presencia de la tumba apostólica y la organización de la construcción del edificio en relación con ella.

De ahí las enormes operaciones de infraestructura para asegurar los fundamentos de la basílica sobre el lado sud, removiendo masas gigantescas de tierra y utilizando parcialmente los muros septentrionales del circo de Calígula y Nerón, del cual se conoce ahora la exacta ubicación. Es esta disposición anormal del basamento de la basílica que a la larga iba a causar su peligrosa desviación respecto del eje vertical, gracias también a las infiltraciones de aguas subterráneas, desviación que alcanza en los últimos años del siglo XV a ochenta centímetros. Y ésta es igualmente la causa (si bien no la única) de la destrucción de la vieja y venerable construcción constantiniana y su reemplazo por la compleja y grandiosa construcción que hoy se admira.

El punto importante, y bien subrayado por Fasola, en la línea justamente de las interrogaciones formuladas al principio de esta nota, es la rigurosa continuidad entre estos tres elementos: el probable lugar del martirio de Pedro (el circo de Calígula y Nerón o sus alrededores), la inhumación de sus restos en una modesta tumba en tierra en un cementerio extendido de Este a Oeste a lo largo de la vía romana y la construcción sobre esa tumba y en relación con ella de la basílica del siglo cuarto y consiguientemente de la actual.

5 Cf. (para Pedro) el libro siempre importante de O. Cullmann, *Saint Pierre. Disciple, Apôtre, Martyr*. Neuchâtel 1952. Mencionado en la bibliografía de Fasola (p. 173). Más recientemente (pero también más brevemente): *Peter in the New Testament* edited by Raymond E. Brown, Karl P. Donfried, John Reumann. Londres 1973, pp. 20s. y 164 (cf. p. 21: "Given the present state of the discussion, it is most probable, in our opinion, that Peter did get to Rome late in his career and was martyred and buried there", y esto se funda en "the archeological evidence". Dicho lo cual se considera necesario notar, *ib.*, que "The precise results of recent excavations under St. Peter's basilica in Rome continue to be debated". Pero la nota 50 se limita a mencionar la cuestión de los huesos. Acerca de Pablo no parece haber habido especial dificultad.

6 La primera publicación de las excavaciones se hizo en 1951: B.M. Apollonj-Ghetti, A. Ferrua, E. Josi, E. Kirschbaum. *Esplorazioni sotto la confessioni di San Pietro in Vaticano*. 2 vol. Ciudad del Vaticano. Los resultados posteriores a esa fecha se encuentran dispersos en varias publicaciones, cuya lista se puede ver en la bibliografía de Fasola (p. 173). Yo publiqué en la revista *Criterio* (diciembre 1956) una sencilla presentación de los resultados hasta esa fecha.

Es oportuno recordar a esta altura, como hace también el segundo de los libros que comentamos (pp. 15s.), que la Basílica Vaticana, como las otras basílicas sepulcrales (Santa Inés, San Sebastián, etc.)⁷, no son originalmente "iglesias" o "templos", en el sentido posterior de la palabra, es decir, lugares de reunión de la comunidad cristiana primordialmente para la celebración del culto eucarístico, sino monumentos destinados a honrar un sepulcro y a perpetuar su memoria, facilitando el acceso a él y la práctica de ceremonias funerarias (Fasola, p. 126, 152). Por eso, ninguna de estas basílicas tuvo, hasta mucho más tarde, un altar fijo para la celebración eucarística.

El centro de la basílica vaticana lo constituía, hasta la época de San Gregorio el Grande (590-604), no un altar, sino la preciosa edícula, rodeada por el pórtico de columnas en espiral, que encerraba la tumba y permitía, por el frente, acercarse a la parte superior de la misma⁸. Recién las profundas modificaciones introducidas en el presbiterio de la basílica por el Papa recién nombrado, elevando el pavimento en torno a la edícula, hacen posible la celebración de la Eucaristía sobre la tumba (además de atrás de ella, *ad caput beati Petri*), donde se suceden, desde entonces, los sucesivos altares de Calixto II (1119-1124), y en la basílica "renacentista-barroca", el de Clemente VIII (1592-1605),

coronado después, bajo Urbano VIII (1622-1644), por el baldaquín de Gian Lorenzo Bernini (1633).

El visitante que hoy desciende a las Grutas (*Grotte Nuove*) y entra en la capilla de Clemente VIII, llamada por eso "clementina", al Norte de la tumba, puede todavía ver, a través de la verja, detrás del altar de esta capilla, el revestimiento marmóreo de la tumba, con mármoles de dos tipos distintos, exactamente como lo dejan los artesanos constantinianos. Y si, siguiendo el semicírculo de las *Grotte Nuove*, se dirige a las *Grotte Vecchie*, frente a la tumba, puede ahora ver, desde hace un año, al mismo nivel en el cual se encuentra, el nicho superior de la antigua edícula preconstantiniana, removida la estatua de Pío VI de Canova, colocada allí por su sucesor⁹, y derribada la pared intermediaria y puesta en su lugar una mampara de vidrio. Por primera vez, entonces, en varios siglos (es decir, desde que se construyó la nueva "confesión", a la cual no era, ni es, permitido descender), la tumba de San Pedro vuelve a ser relativamente accesible por el frente.

El libro brinda los datos esenciales para asegurarnos de la autenticidad de la tumba de San Pablo y de su "martyrium" (pp. 144-148), en lo cual no nos detendremos. Es el caso, sin embargo, de notar la importancia, en la primitiva comunidad romana y en su liturgia, del culto funerario.

7 No sólo en Roma, sino también en Oriente. La basílica (igualmente constantiniana) del Santo Sepulcro, con la rotonda de la Anástasis, en Jerusalén, es otro ejemplo de arquitectura sepulcral, dentro de sus características propias.

8 Cf. el dibujo de la p. 124 (Fasola) y la reproducción (ib. p. 126) del relieve en el relicario de marfil de Samagher, hoy en el museo arqueológico de Venecia.

9 Pío VI (1775-1799) había muerto en Valence, víctima del exilio impuesto por Napoleón. La estatua puesta frente a la tumba de San Pedro tenía un sentido de reparación. Los restos mortales del papa descansan siempre en un sarcófago antiguo en la primera capilla a la derecha de la tumba, contra la pared de la izquierda (es decir, lo más cerca posible de aquélla). La estatua de Canova ha sido trasladada al fondo de la nave central de las *Grotte Vecchie*, en el eje horizontal de la tumba, y está admirablemente iluminada. Este pormenor debe ser corregido en el texto (p. 125) de Fasola, anterior a este arreglo. Tam-

II. "CATACOMBE E BASILICHE. I PRIMI CRISTIANI A ROMA"

Es aquí donde el segundo libro, al cual también está destinada esta nota, nos puede brindar un servicio provechoso, sin dejar por eso (sino más bien en virtud de ello) de suscitar saludables interrogantes. El autor, Fabrizio Mancinelli, asistente para las colecciones de arte medieval, moderno y bizantino de los *Museos Vaticanos*, se propone introducir al visitante en las "catacumbas" y "basílicas", es decir, en las huellas (cf. el subtítulo del libro de Fasola) de los "primeros cristianos en Roma". Para ello, ha utilizado un riquísimo material fotográfico y en general ilustrativo, legado a sus sucesores por el Prof. Enrico Josi, más arriba mencionado.

La distribución de la materia es muy clara: después de una introducción, que presenta los datos históricos fundamentales del estudio de los cementerios romanos (y muestra a su vez la relación entre las dos obras comentadas siendo su autor el mismo de la primera), el autor expone en veintidós breves capítulos, prácticamente todos los lugares sepulcrales de Roma (catacumbas y basílicas), con sus características y problemática propia.

El último capítulo está dedicado al llamado *Museo Pío Cristiano*, en el Vaticano, que deriva su nombre de Pío IX, y estuvo hasta el pontificado de Juan XXIII, alojado en el Palacio de Letrán. Hoy tiene su sede en el más moderno de los edificios de los Museos, a la derecha de la entrada general. Se lo visita, por desgracia, poco

y se lo conoce menos, a pesar de sus once años de existencia (fue inaugurado en 1970), y de las maravillosas colecciones de arte romano, pagano y cristiano, que encierra, empezando por los sarcófagos cristianos, "la más rica e importante colección existente" (Mancinelli, p. 60).

De la lectura y estudio de este volumen, publicado también en cuatro lenguas, se puede aprender mucho y enriquecer la propia información sobre el pasado de la comunidad cristiana de Roma, que es al final el propio. No pocas leyendas y fantasías acerca de ese pasado que novelas de buena voluntad (como *Fabiola* de Wiseman, y *Quo Vadis?* de Sienkewicz) han contribuido a hacer pasar por historia debieran encontrar aquí definitiva sepultura, si todavía la necesitan.

No se puede, en efecto, seguir pensando que las catacumbas sirvieron de lugar de refugio (si no de ocasional habitación) para los cristianos perseguidos (Mancinelli, p. 7), por la simple razón, entre otras, de que la policía imperial sabía perfectamente donde se encontraban. Ni tampoco eran, al menos en el sentido nuestro de la palabra, un lugar de culto. El culto que allí se realizaba era el funerario, consistente en los banquetes y libaciones en honor y memoria de los difuntos, cualesquiera fuesen¹⁰. Y las basílicas levantadas posteriormente sobre las tumbas de algunos de esos muertos, especialmente venerados, tenían asimismo este destino, como más arriba decíamos para la de San Pedro. Eran entonces basílicas *funerarias*.

bién el monumento sepulcral de Sixto IV (1471-1484), obra maestra de Antonio Pollaiuolo, no se encuentra más en el lugar que le asigna Fasola (p. 119) sino en el nuevo museo (o tesoro) de la Basílica, junto a la sacristía.

10 El culto oficial de los mártires empieza, según Fasola (p. 161), recién hacia la mitad del s. III, cuando se añade, por ejemplo, en la catacumba de San Calixto, en las lápidas de la Cripta llamada de los papas, la palabra *mártir* a los nombres de los pontífices allí enterrados (Ponciano, Fabiano, Cornelio).

En la presentación de Mancinelli es importante distinguir entre éstas y las que responden a lo que podemos llamar el destino actual (o en general, posterior) de los templos cristianos, como San Juan de Letrán ("el primer gran edificio de culto construido dentro de los muros de la ciudad", p. 10, donde las sepulturas estaban prohibidas)¹¹, Santa María Mayor y las siguientes hasta el fin. Algunas de éstas (como Santa Pudenciana, p. 58) pueden haber sido originalmente el *titulus* o parroquia de la zona, en relación sin duda con una residencia privada (la del hipotético senador Pudente, en el caso citado), que era, como hoy, el centro del culto y la evangelización en una determinada zona.

La distinción entre uno y otro tipo de edificio religioso aparece así muy neta. La vida cristiana se celebraba en el *titulus*, mientras que la muerte era celebrada en los cementerios y basílicas cementeriales. Y era en estas últimas donde los cristianos de las épocas siguientes querían ser sepultados, de donde viene el carácter sepulcral que tienen aún hoy (hasta la secularización de los cementerios) la mayoría de las iglesias romanas (y de otras partes)¹².

Semejante preocupación por la muerte y su adecuada veneración puede llamarnos la atención, a nosotros cristianos contemporáneos, que tendemos consciente o inconscientemente a disimular o paliar este hecho

humano y religioso central en anónimos centros de terapia intensiva, unidades coronarias, asépticos hospitales y no menos asépticos cementerios. Nuestros predecesores estaban más familiarizados con ella y le temían menos. Además, tenían una profunda convicción de la victoria de las personas mismas que tan cuidadosamente enterraban sobre la muerte de la cual eran víctima, en virtud de la muerte y resurrección de Jesucristo, y expresaban esta convicción de fe, con ayuda de símbolos, relatos y figuras del Antiguo y del Nuevo Testamento, en las pinturas de los "*cubiculos*" y "*arcosolios*"¹³ y en las esculturas o relieves de los sarcófagos. Digamos solamente que, si el cristianismo es una religión de "vida", lo es también porque es una religión de "muerte", en cuyo centro está, inseparablemente unido, el misterio de la vida que brota de la muerte, como la Iglesia del costado de Cristo.

Hoy, el visitante inteligente y devoto comunica con la realidad histórica de la comunidad cristiana de la ciudad primacial, no sólo porque venera los principales santos romanos, y ante todo, los "*fundadores*" (Pedro y Pablo), sino porque se siente heredero y partícipe de esa muchedumbre anónima de hombres, mujeres y niños (como nosotros), que puebla casi al infinito las galerías de los cementerios subterráneos, lóculo tras lóculo.

11 Por eso se lo llama, conforme a la inscripción de la fachada actual: "*omnium ecclesiarum urbis et orbis mater et caput*", y es (y no San Pedro) la Iglesia Catedral del Obispo de Roma, de la cual el papa toma posesión en seguida después de su elección.

12 Es oportuno advertir, a esta altura, sobre la diferencia entre "*monumento sepulcral*" y "*tumba*" propiamente dicha. El visitante apresurado de San Pedro piensa que los numerosos monumentos que encuentra a lo largo de las naves laterales y en las capillas, son las tumbas de los personajes allí representados, cuando en realidad son sólo los respectivos monumentos sepulcrales. Las tumbas están generalmente en el nivel inferior, o sea, en las Grutas.

13 Términos explicados en el útil, si bien limitado, glosario que concluye el libro de Mancinelli (p. 64). "*Cubiculo*" es una cripta más o menos amplia, que se abre en la pared de una catacumba, destinada a la sepultura de una familia, o de una categoría de personas, que gozan de especial consideración. "*Arcosolio*" es el nicho destinado, en estas criptas, a recibir un sarcófago o sepultura. Uno y otro se prestan a ser decorados.

Los libros comentados, pero sobre todo el segundo, no dejan de reconocer que este rasgo distintivo de la comunidad romana primitiva, como muchos otros, viene de la comunidad judía que la precede y acompaña en el tiempo en la misma ciudad (Mancinelli, p. 7)¹⁴; (cf. Fasola, pp. 35 ss.).

Esta, dividida en varias "sinagogas" (es decir, asociaciones, conforme a la etimología de la palabra griega), tenía, en efecto, sus propias catacumbas, de las cuales se conservan y visitan todavía hoy dos (la de la Villa Torlonia, que es en realidad, doble; y la de la Vigna Randanini¹⁵, mientras otras, un tiempo conocidas y en parte al menos exploradas, han sido víctima de la incuria y de la fiebre edilicia de la Roma post-1870¹⁶).

Cuando los Tratados de Letrán (en el *Concordato* entre la Santa Sede e Italia, art. 33¹⁷) conceden a aquélla la "disponibilità" de las catacumbas "existentes en el suelo de Roma y de otras partes de Italia", se pueden hacer algunas operaciones de salvataje. Y ya antes, bajo el gobierno temporal, los arqueólogos papales se preocupan de poner a salvo los principales tesoros, sobre todo epigráfi-

cos, de los cementerios subterráneos hoy perdidos.

De este modo, la más completa colección de inscripciones funerarias judías que hoy existe (la mayoría en griego, algunas en latín, unas pocas en hebreo y una sola en arameo) se encuentra en el Museo Pío Cristiano del Vaticano, y su publicación científica, la única hasta ahora, es obra de un biblista católico: el P. Jean-Baptiste Frey¹⁸, reproducida tal cual en 1975 (con un Prolegomenon) por el epigrafista israelí, y excavador de las catacumbas de Bet She'arim (en Israel), Baruch Lifshitz.

El libro de Frey contiene, en su admirable Introducción (pp. LIII-CXLIV), un estudio todavía valioso sobre la comunidad judía en el Imperio romano, pero sobre todo en Roma, que estudios posteriores han podido corregir y enriquecer pero no superar¹⁹, como que todos dependen de él en última instancia²⁰.

Es contra este telón de fondo que hay que imaginar el origen y los primeros pasos de la primitiva comunidad cristiana en la Ciudad Eterna, como se desprende del libro de los *Hechos* (28, 15 ss., pero ya 18, 2) y,

14 En la introducción, escrita (como se ha dicho) por Fasola.

15 La primera excavada en 1974 por el mismo Fasola (cf. del mismo: *Le due catacombe ebraiche di Villa Torlonia*, en *Revista di Archeologia Cristiana* 52, 1976, pp. 7-62).

16 Así la de Monteverde, descubierta ya en 1602 (cf. la obra de J.B. Frey, citada en la nota 16, I, p. LX). Rinde 204 inscripciones funerarias.

17 El texto correspondiente (no demasiado conocido) se puede consultar en la publicación *Patti Lateranensi Convezioni e Accordi successivi fino al 31 dicembre 1945*. Tipografía Poliglotta Vaticana 1972, tomo I, p. 74.

18 Jean-Baptiste Frey. *Corpus Inscriptionum Judaicarum* (Recueil des inscriptions juives qui vont du IIIe. siècle avant Jésus-Christ au VII siècle de notre ère). Città del Vaticano 1936 (vol. I Europe, el único publicado por Frey; el segundo fue publicado por Mons. Giulio Belvederi, en 1952; el tercero no ha sido publicado nunca). La reproducción de B. Lifshitz data de 1975 (como se dice en el texto) y está incluida en la colección *The Library of Biblical Studies* (Ktav Publishing House. New York).

19 El último en el tiempo es la comunicación de R. Penna al reciente congreso romano de la *Society for New Testament Studies* (agosto 1981), que será publicada en la revista *New Testament Studies: Les Juifs à Rome au temps de l'Apôtre Paul* (19 páginas dactilografiadas más 20 de notas, que el autor me autoriza gentilmente citar).

20 Esto es particularmente evidente en las páginas que Fasola dedica al tema (11-16, 33-44).

desde luego, de la *Carta a los Romanos*, no obstante su carácter de "tradado". Los vínculos, por consiguiente, entre judaísmo del primer siglo e incipiente cristianismo, no se limitan al suelo de la Tierra Santa, sino que se extienden a la diáspora, y en particular, a la diáspora romana; vínculos más estrechos, complejos y profundos de lo que generalmente se cree y cuya plena elucidación requiere todavía mucho trabajo de análisis e investigación. Esto sin negar los conflictos entre ambos grupos religiosos, insinuados ya en los *Hechos* (28, 23-30), en los capítulos 9-11 de la *Carta a los Romanos* (sin olvidar el carácter "universal" de esta presentación)²¹, y en un conocido texto de Suetonio (*Vitae*, Cl. 25), ilustrado, según la mayoría de los autores, por la referencia histórica de *Hechos* 18, 22²².

No diría, sin embargo, como Fasola parece decir, que la situación conflictiva se hiciera ya entonces tan profunda como para que los judíos romanos (o algunos de ellos) fueran responsables, al menos parciales, de la persecución de Nerón contra los cristianos (p. 101). La ruptura definitiva debe haberse producido más tarde, después de la ruina de Jerusalén y de la constitución del judaísmo rabínico en Yabne. Pero los fundamentos de la ruptura estaban ya presentes.

Sea como fuere, es de retener la hipótesis de Fasola (pp. 35-37), repetida (con menor énfasis, es verdad) por Mancinelli (p. 55), acerca de que las dos famosas imágenes femeninas

en el mosaico sobre la entrada de Santa Sabina, con las inscripciones respectivas ("*Ecclesia ex circumcissione*", "*Ecclesia ex gentibus*"), y las imágenes paralelas que coronan a Pedro y Pablo, a ambos lados del Salvador, en el mosaico absidal de Santa Pudenciana²³, no son solamente "simbolo di due tradizioni e mentalità fuse ormai nell'unica fede, ma possono anche indicare la provenienza storica" (Fasola, p. 37) de la comunidad cristiana de Roma.

Si la explicación teológica me parece algo estrecha y en realidad insuficiente, porque se alude con esta representación plástica al plan salvífico de Dios y al lugar que en él ocupa el judaísmo, incluso en la etapa de su consumación en Jesucristo (cf. *Ef* 2, 14-18), la propuesta explicación histórica es probablemente adecuada en cuanto, además, reflejo de la concepción eclesiológica recién aludida²⁴.

Las magníficas reproducciones que ilustran el texto de Fasola y el de Mancinelli, permiten al lector apreciar el valor estético y simbólico de los mosaicos en cuestión, sin duda mejor que en los monumentos originales, generalmente mal iluminados.

III. CONCLUSION

Quisiera notar, a esta altura, retomando una breve referencia al principio de esta recensión, cuánto hay que apreciar el hecho de que Fasola haya unido en su libro el estudio del culto de los *dos Apóstoles*, Pedro y Pablo.

21 Sobre estos capítulos habrá de aparecer, en estos días, un artículo mío, en la revista *Parola di Vita*, de la *Associazione Biblica italiana: Il rapporto Chiesa-Israele in Rom 9-11*. Mons. Penna toca también brevemente el tema en la p. 16 de su artículo citado en la nota 17.

22 Cf. vgr. Gustav Stählin, *Gli Atti degli Apostoli* (Brescia 1973; la edición precedente en alemán es de 1966), pp. 428-9.

23 El mosaico de Santa Sabina data (según Mancinelli, *ib.*) del tiempo del papa Celestino I (422-432). El de Santa Pudenciana (*ib.*, p. 58) de Inocencio I (401-417). Es así algo anterior, pero está en cambio muy retocado (*ib.*). Notar las anexas reproducciones.

24 En ninguna parte se habla (que me conste) de una *Ecclesia ex armenis o ex gallis*.

El libro mismo resulta así una prueba de que esta asociación, iconográfica-mente tan notable (cf. pp. 75-87, con las ilustraciones), no es sólo, ni principalmente, histórica (cf. p. 76 y p. 114). Pero tampoco se limita "al culto litúrgico e alla devozione popolare" (p. 79). O más bien ésta se funda en el papel "fundacional" de los dos Apóstoles, uno asociado al otro, como en la *Carta a los Gálatas* (2, 6-8), más allá de los respectivos campos de misión, porque la personalidad y la acción estupenda del segundo (Pablo) es equiparada a la del primero (Pedro), cuyo relieve en el Nuevo Testamento es ciertamente menor, pero que permanece el primado.

Ningún otro apóstol ha sido así asociado a Pedro (ni hay memoria comparable de ninguno, en ninguna otra parte, y las que hay son tardías y dudosas). De esta manera, el "*sensus fidelium*", y el "*sensus romanorum*", es capaz de interpretar a la vez el irrefragable privilegio de Pedro y el papel extraordinario de Pablo, ambos huéspedes, pastores y testigos (es decir, mártires), en la Roma de los años sesenta²⁵.

El más notable testimonio de esta "fraternidad" apostólica, y el más difícil de interpretar, es la llamada "*Memoria Apostolorum*" en la vía Appia, hoy conservada bajo la basílica funeraria dedicada a San Sebastián (Fasola, pp. 149-165; Mancinelli, pp. 17-20, con las ilustraciones). Sin entrar en el meollo de esta difícil y compleja cuestión, querría simplemente notar que el hecho, indiscutible, del culto simultáneo de ambos apóstoles en la vía Appia, cuando a la vez se los veneraba en las otras dos vías, la Aurelia y la Ostiense, es decir, en los lugares de sus respectivas sepulturas (cf. los textos en Fasola, pp. 153 y

161 ss.), atestigua, por así decir, la *necesidad* de asociar los dos "fundadores" en el culto, sea lo que fuere de la presencia física de sus reliquias en el lugar llamado originalmente *ad Catacumbas*²⁶.

Como este cuidadoso análisis sobre el destino de los restos apostólicos, otros que también brinda Fasola sobre sus presuntas moradas y teatro de actividad pastoral en Roma (pp. 83-87), sobre su prisión (la cárcel Mamertina, pp. 55-60), la fuga de San Pedro (el "*¿Quo vadis?*" pp. 60-64) y algunas reliquias "insignes" (las cadenas, pp. 64-66; la cátedra, pp. 87-89), son modelo de sobriedad científica y del propósito de ir más allá de la leyenda, a fin de comprender su significado. Es claro, en todo caso, que ninguno de estos lugares, relatos o reliquias tiene ninguna verosimilitud histórica. No obstante, son testimonio, a su modo, de la convicción tenaz de los fieles romanos de la presencia, en medio de ellos, de los dos Apóstoles, de su ministerio y de su muerte.

Acerca de este último punto, quisiera añadir, a modo de conclusión, que Fasola parece convencido de que Pedro habría muerto crucificado, y crucificado cabeza abajo (pp. 111-113). El segundo aspecto es ciertamente mucho menos seguro que el primero. Para éste (es decir, el hecho mismo de la muerte en cruz), Fasola (p. 111) se refiere, no solamente al testimonio de Tertuliano (*Scorpiace* 15,3) sino al mismo Nuevo Testamento (Jn 21, 18: "extenderás tus brazos"), como una alusión precisa a la crucifixión, con una expresión que habría sido usada por Séneca en este mismo sentido. De este texto de Séneca no tenía noticia, y Fasola no da

25 Cf. el libro interesante (si bien limitado, bajo este punto de vista) de Fr. Mussner, *Petrus und Paulus. Pole der Einheit (Quaestiones disputatae 76)*. Herder. Friburgo-Basilea-Viena, 1976.

26 De donde deriva el nombre hoy común a todos los cementerios subterráneos.

la correspondiente referencia²⁷. Pero es verdad, y hubiera sido importante mencionarlo, que no pocos comentaristas del lugar citado, lo interpretan del mismo modo, como una alusión a la crucifixión, no sin reconocer las dificultades que tal interpretación presenta²⁸. Si así fuera, se podría concluir que el tipo de suplicio del apóstol al cual Jesús confía su grey (ib. 15-17), porque lo ama, imita el

suyo y lo asocia de ese modo más íntimamente consigo.

Es precisamente esta "gloria" (ib. 19) de uno y otro apóstol que los cristianos veneramos hoy en los santuarios de la Ciudad a ellos dedicada, y que Fasola y Mancinelli, contribuyen valiosamente a hacernos conocer y apreciar.

JORGE MEJIA

27 Las referencias son por lo menos dos y las encuentro en el recentísimo libro de M. Hengel, *La Crucifixion (= Lectio Divina 105)* París, 1981, pp. 46-47: "patibulo pendere districtum" (Ep. 101 *ad Lucilium*); "alium in cruce membra diffindere" (*Dial.* 3, 2, 2). Séneca menciona también la crucifixión cabeza abajo (ib. p. 39): "Video istic cruces, non unius quidem generis, sed aliter ab aliis fabricatas... capite quidem conversos in terram suspendere" (*Dial.* 6, 20, 3). No es, en cambio, del todo claro si el crucificado cuyos restos son encontrados en Giv'at ha-Maktar, haya sido suspendido cabeza abajo (ib., pp. 39-40 y nota 16 con la bibliografía).

28 Cf. R.E. Brown, *The Gospel according to John* (XIII-XXI). Garden City. New York, p. 1108, con la importante cita de Epicteto (III, 26, 22), testigo sin duda independiente. Otros comentarios (R. Schnackenburg, *Il vangelo di Giovanni*, Parte Terza (Brescia 1981, p. 608-9) son más reservados ("non si può avere una certezza assoluta").